

las pendencias por líos de faldas, las borracheras crapulosas, las iniciaciones sexuales con cannabis incluida, etc.; acontecimientos que aparecen, claro está, mediatizados por su aprensión a los microbios y por la imagen de su adorada Ester que lo introduce, poco a poco, en la lectura de nuestros principales poetas vivos de los que realiza un fatigoso recuento de nombres y de citas.

La vida de Eleazar en el diario, donde logra obtener su primer trabajo, no resulta menos patética que sus recuerdos; tiranizado por su frustrado matrimonio, por su endebles y por su jefe, se percata de la mezquindad del medio, de la bajeza de los poetas que se arrastran para que sus versos figuren en las páginas literarias, del arribismo de los gacetilleros que utilizan el poder que les otorga el periódico para ser reconocidos como grandes escritores, etc. Pero estos elementos, que podrían convertirse en una importante fuente de reflexión o de ironía, transitan por las páginas del libro con la abigarrada premura de una cámara que pretende abarcar el horizonte a fuerza de disparar su obturador y las asépticas obsesiones sentimentales de Eleazar con que el autor desea producir el humor, sólo consiguen saturar el relato con su pesada carga de frivolidades y chascarrillos.

Es probable que, como señala Bryce Echenique, Juan Carlos

Méndez Guédez desee desnudar en estas páginas la fragilidad oculta de la condición masculina y realizar, por medio del humor, una reinterpretación de la tradición sentimental latinoamericana. Pero cuando el autor trabaja en la ficción con materias heterogéneas, como las obsesiones y la vida de un hombre atormentado que busca su perdido amor, se necesita que entre las mismas exista una articulación convincente o, para decirlo con las palabras de Cortázar, «se necesita que haya ósmosis».

La tierra del fuego, Sylvia Iparraguirre, Alfaguara, Buenos Aires, 1998, 285 pp.

La historia de la conquista americana es el choque de dos mundos que se justifican a sí mismos pero que no logran conformar una síntesis. Esta historia, vasta y desconocida en sus detalles, tiene aún muchas páginas por aclarar y reescribirla, volver a interpretarla dando la voz al silenciado, a los que no pudieron hablar en su momento, es una de las tareas que desde Alejo Carpentier hasta nuestros días han emprendido un importante número de novelistas hispanoamericanos.

La tierra del fuego de Sylvia Iparraguirre, transita por esta senda. Con una prosa sugerente, cargada de poesía, la autora argentina recrea

un episodio recogido por Charles Darwin en su *Diario de un naturalista en América* para dejarnos conocer la historia de Jemmy Button, indígena de la Patagonia secuestrado durante el curso de un «experimento civilizador» para ser adiestrado en Londres en el uso del vestido, el valor del dinero, el manejo de las herramientas y los enigmas de la fe cristiana, a fin de que sirviera de puente entre las bárbaras costumbres de sus compatriotas y las buenas maneras de los hombres venidos del otro lado del océano.

España o Inglaterra, las luminosas islas del Caribe o las opacas regiones de la Patagonia: el drama es el mismo con siglos de intervalo. La historia de Jemmy Button, indígena de la etnia yámana, denominado así porque el capitán del barco inglés que lo raptó mediante el engaño lo trocó a los miembros de su tribu por un botón de su chaqueta, es un episodio que puede servir de paradigma del trágico encuentro que ha ocurrido tantas veces en el continente cuando el hombre occidental y cristiano, que se erige a sí mismo como emblema de la civilización y el desarrollo, se encuentra con el nativo, natural y telúrico, que no es capaz de comprender, con otro modo de vida y de cultura que tiene un conocimiento profundo y sutil de la naturalezas que el hombre blanco ha olvidado y perdido para siempre.

La arquitectura de la novela es sencilla; se trata de una larga misiva dirigida por John William Guevara, marinero criollo retirado en el puerto de Lobos en la remota Patagonia, a Mr. MacDowell o MacDowness, supuesto jefe del almirantazgo británico en Londres y de la que se vale la autora para novelar la vida y los enormes contrastes culturales a los que tiene que enfrentarse Jemmy Button y denunciar por su intermedio el arrasamiento sufrido por los indígenas patagones a manos de una empresa colonial británica disfrazada de benéfica misión religiosa.

Quizás el constante ritornello Mr. MacDowell o MacDowness, que la autora utiliza para ir empalmado los distintos capítulos de la extensa misiva, que acaba por convertirse en un sentido alegato contra los manejos coloniales de Inglaterra, le resta verosimilitud y fluidez al relato. Pero la lograda belleza de algunos paisajes de *La tierra del fuego*, denominada de esta paradógica manera por Pigafeta a causa de la cadena rojiza de las fogatas con que los habitantes del gélido país se comunicaban el paso de los extranjeros, equilibran la narración y hacen de la novela un importante fresco de la tragedia americana que no cesa y que aún se sigue dando en las zonas más apartadas y remotas de este vasto continente.

Querido primer novio, Zoe Valdés, *Planeta, Barcelona, 1999, 345 pp.*

Por agrupar en el marco de una misma pintura la movilidad del paisaje, que desfila a través de las ventanillas del vagón y las ensoñaciones del pasajero obligado a permanecer inmóvil en su silla, los largos viajes en tren han sido, y siguen siendo, tema fecundo de la literatura. Gracias a ellos Boris Pasternak pudo pintar la belleza de los paisajes de su patria rusa, Blaise Cendrars engastar las desgarradas imágenes de su dilatado poema y, como en la presente novela, una mujer emprender la búsqueda de su perdido primer amor y de sí misma, luchando contra la opresión de un mundo que la asfixia.

Pero ay, un buen tema no basta por sí solo para engendrar un gran relato y las páginas de esta novela, que confunde la ficción con la anécdota, la pintura con el retrato y el humor con lo esperpéntico, acaban por convertirse en una penosa travesía por episodios chocarreros que no logran imponer al lector sus leyes, sus mitos ni su fantasía.

A caballo entre la denuncia y el melodrama, *Querido primer novio* de Zoe Valdés, es un ambicioso relato que, por medio de los ojos y las vivencias de una mujer que viaja en un vagón de tren, desea enjuiciar de golpe y de manera contundente el machismo, el autoritarismo, la mezquindad, la opresión, la tortura

psicológica, la economía planificada y, en fin, todos los lastres y cadenas de un régimen totalitario que niega la diferencia e impide a las mujeres desarrollar su condición y asumir su destino.

Dánae, la protagonista del relato, es una mujer prisionera de los férreos condicionamientos sociales de la Cuba posrevolucionaria que, atormentada por no poder asumir su condición homosexual, decide, por fin, abandonar a su esposo y a sus dos hijas y escapar en el tren que atraviesa la isla hacia el oriente en busca de su perdido amor de adolescencia, una mujer agreste y hombruna que, a causa de su diferencia, ha sido relegada por la sociedad y condenada por los miembros del partido a llevar una existencia montaraz en las zonas más intrincadas del campo.

Todo lo que Dánae observa o recuerda en esta larga fuga es feo y opresivo o, por lo menos, alejado del mundo de bienestar y libertad con el que sueña: el estrecho vagón de tren donde los pasajeros se ven obligados a compartir sus secreciones y hedores, los caseríos esmirriados y carentes de luz eléctrica a la vera del camino, el marido tosco y brutal que nunca le dirigió una frase cariñosa, las letrinas infectas y plagadas de gusanos de las escuelas rurales, las mujeres con la piel manchada y cubierta de furúnculos, el hambre, el atraso y la miseria. Pero estas realidades son dichas, no cre-

adas, son señaladas por un dedo que busca el escarnio y la mofa y no por el pincel de un artista que nos hace sentir su esencia y su dolor.

El deseo vehemente de denuncia que ocupa el horizonte de estas páginas lleva a la autora a asumir recursos de una ubicuidad disparatada que nos conmueve por su candidez. El relato de la novela es asumido alternativamente por una ceiba parlante y locuaz que conoce los secretos de la aldea, por una maleta de pino que guarda los recuerdos de la adolescencia, por el tiempo de la ciudad que se despliega para mostrarnos los diferentes rumbos que pudo tomar la existencia atormentada de la protagonista o por la música retumbante y bulluciosa de la isla que, al traspasar paredes y ventanas, penetra los secretos de todos sus habitantes.

De esta manera, nos enteramos de la historia de una familia de campesinos deformes que segrega dulce de guayaba por el ombligo y que termina siendo envenenada con insecticida por los esbirros del régimen que requieren sus tierras para la construcción de un gran hotel, de los poderes de un árbol centenario que extiende sus raíces hasta la sala de un salón del juzgado para declarar a favor de los acusados, de los martirios de la protagonista en un hospital psiquiátrico en el que termina confinada por intentar subvertir lo establecido y, en fin, de una multitud de episodios fantásticos

que forman el entramado de la novela y que la autora no logra justificar ni hacer creíbles por mucho incesto, represión y santería cubana que se halle de por medio.

No resulta censurable que una novela aliente por medio del arte y la palabra el deseo de participar en los debates de su tiempo, ni mucho menos que su trama termine por convertirse en una alegoría política; lo que sorprende es que el autor piense que el deseo alcanza por sí solo para lograr este objetivo y haga tan poco esfuerzo por crear una ficción, una realidad soberana y paralela, capaz de respirar y mantener su vida propia.

Samuel Serrano

Las auroras de sangre, William Ospina, Grupo Editorial Norma, Bogotá, 1999, 446 pp.

Todo gran pueblo y cultura tiene detrás de sí una obra literaria que, al reflejar su origen mítico y fundacional, moldea la esencia de su espíritu. Ignorar esta obra es perder la memoria colectiva, es tornarse incapaz de reconocerse en su paisaje y en su gente. El territorio de la Nueva Granada, que luego sería Colombia, posee desde sus inicios esa obra fundacional pero la ha ignorado durante siglos y quizás sólo volviendo a ella pueda recupe-